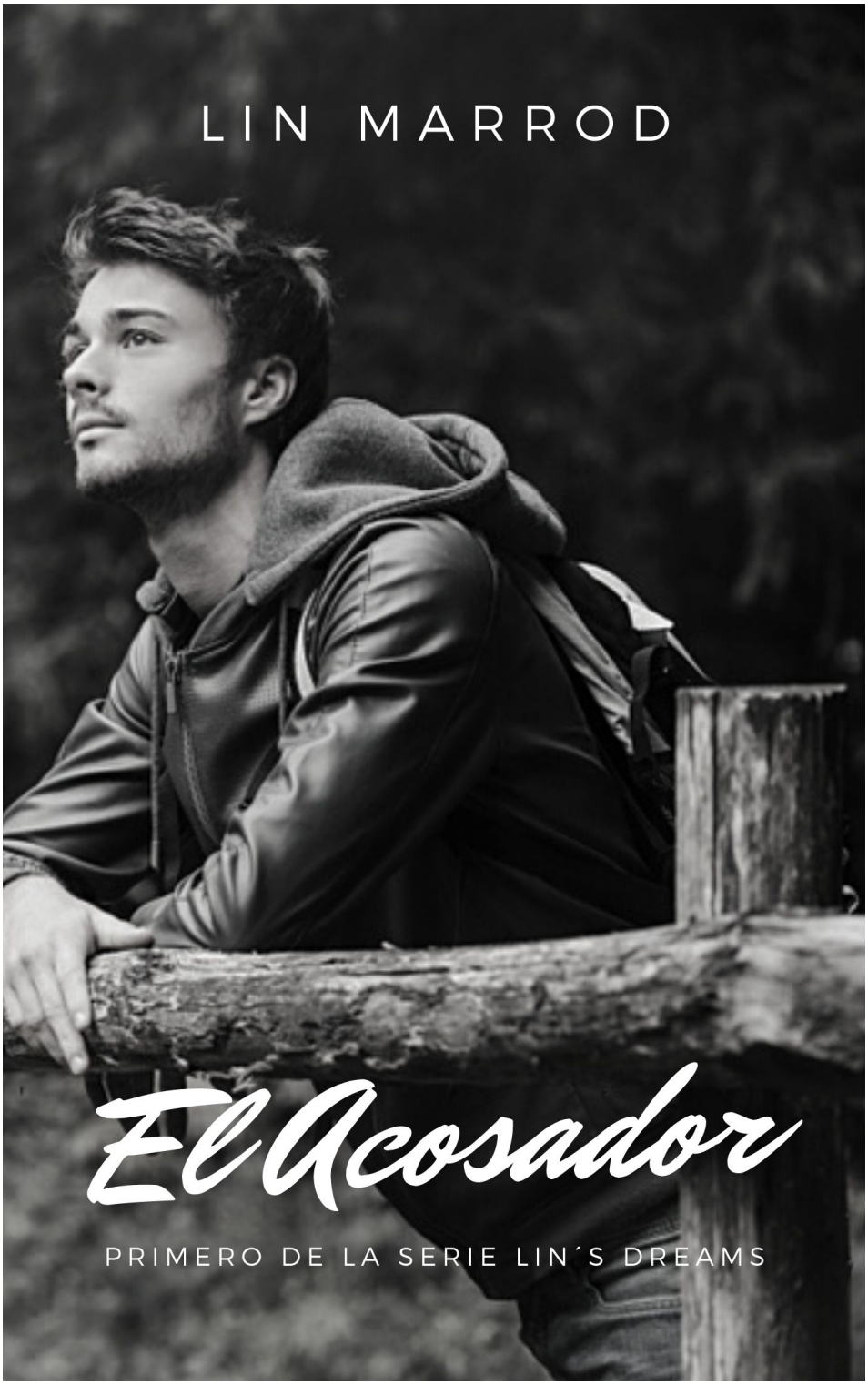
El Acosador

Lin Marrod



Capítulo 1

Solo verte... cambió mi mundo.

Soy un observador. Es un don y a veces, muchas veces; una maldición. Cuando me cansé de enfrentar una y otra vez los mismos problemas y alguna que otra mujer me hizo replantearme mi cordura al sentir el deseo de apretarle el cuello, encontré en observar a las aves una calma que necesitaba. No era ese hombre, no quería serlo. Me enseñaron a amarlas, venerarlas, respetarlas sin importar cuanto pusieran a prueba mi paciencia y buena fe. Dado que, aposté por mi paz y tranquilidad espiritual no quise a otra mujer así en mi vida. He esperado por la que no tenga miedo de sumergirse en mi alma y rescate al verdadero yo. Mientras la imagino llegar, las aves me acompañan.

Ese bosque era el lugar ideal. Con la migración mi entretenimiento favorito llegaba al punto culminante. Ese día salí del sendero y me adentré en el grupo de olmos. Me senté al pie del árbol y limpié mis prismáticos. Un trino desconocido se escuchó y miré en su dirección. Mi visión se llenó con una melena rubia. Enfoqué en su dirección y descubrí a una mujer en el banco del sendero. Los pies arriba, se abrazaba las rodillas y la cabeza apoyada en ellas hacía que su cabello resbalase a un costado, hasta la madera sobre la que estaba sentada.

Algo en ella mantuvo mis prismáticos en su dirección. Su calma me asustó porque ni siquiera percibía el movimiento de sus hombros por la respiración. Estaba decidido a levantarme y acercarme cuando ella levantó la cabeza, lo que vi en sus ojos me hizo tragar en seco. Vi en su mirada las tres T, lo supe porque era como mirarme al espejo en el peor de mis días: tristeza, tormento, temor.

Me escondí tras el tronco a riesgo de parecer un acosador. Ella miró a ambos lados del sendero y me estremeció con cada grito que salió de su garganta. Jamás escuché a alguien gritar así. Olvidé las aves cuando la vi cubrirse el rostro con las manos y llorar desconsolada.

No pude escucharla, estaba demasiado lejos, pero podía sentirla en cada poro de mi piel. El llanto de una mujer siempre ha sido mi criptonita. Dejó de llorar, se levantó y acomodó su ropa y su cabello y se marchó como si nada hubiera pasado. No pude resistir el impulso de seguirla. Tenía que saber quién era y descubrir cuál era su cruz. Esperé que se alejara y manteniendo la distancia, la vi perderse en una hermosa casa al borde del bosque.

Solo cinco construcciones aparecían salpicadas en ese exclusivo y alejado lugar. Nunca antes me fijé en ellas ni en sus ocupantes. Ese día, esa mujer, me convirtieron de observador de aves a acosador. No estaba a gusto con eso, pero la curiosidad me pudo, también el sentimiento que su momento de debilidad despertó en mi pecho.

Recorrí el lugar y descubrí dos niños y un hombre que llegó a punto de anochecer. Me fui a casa sintiéndome vacío y con la impaciencia de volver, carcomiendo mi sosiego. No dormí. El alba me sorprendió mirando el techo de mi habitación. Sin saber a ciencia cierta si la encontraría monté mi todoterreno y comí mi desayuno mientras manejaba. Tomando mil precauciones me posicioné a distancia segura. Dominaba prácticamente toda la casa por los grandes ventanales de cristal en las habitaciones.

Un suspiro de alivio se me escapó al verla aparecer en mi visión. Llevaba un pijama de ositos y corazones y el cabello se sostenía por puro milagro en un moño recogido por lo que parecían palitos chinos. Me sumergí en su mundo. Se movía por la enorme casa como reina en sus dominios. Deseé ser ese hombre que apenas bebió el café de un desayuno regio que ella había preparado con una habilidad que me recordó mis torpezas en la cocina.

Me vi sonriendo como un tonto cuando saltó a la cama de sus hijos como una niña y los vi revolcarse sobre el colchón. Pensé que era una casa hermosa, pero demasiado expuesta. Temí por ella, por sus hijos. Si yo fui capaz de encontrar ese lugar de observación donde nadie imaginaría encontrar a alguien, entonces, cualquiera podría hacerlo.

Volví a casa cuando él regresó. Descubrí que tenía un hambre atroz cuando monté en mi auto. El día pasó y observándola, olvidé comer, beber. Olvidé hasta mi propia vida porque si me hubiera descubierto cualquiera de esos millonarios, me hubiera disparado y alegado defensa propia. Aun así, decidí que volvería. Necesitaba saber porque una mujer con una vida perfecta gritó hasta quedarse sin fuerzas en un apartado sendero del bosque.

Mi día de suerte.

Esta es mi segunda semana de observación. Si antes estaba decidido a saberlo todo sobre ella, ahora estaba seguro de que observarla no será suficiente. Quiero oír su voz, quiero ver la expresión de su rostro cuando lea lo que voy a dejarle en su bolsillo. Alguien debería explicarle que su modo de vida, sus rutinas, son su mayor enemigo. Sé exactamente dónde estará a cada hora del día. Ella es como un reloj perfectamente

sincronizado. Una presa fácil a un loco como yo, porque a estas alturas no me quedan dudas, estoy más loco de lo que pensé.

La espero en el super. Ella aparecerá en cualquier momento. Su primera visita será para el pasillo de los lácteos y es el lugar ideal para dejar mi nota en el bolsillo trasero de sus jeans. Cuando se detenga con esa expresión de niña curiosa a leer el envase de la nueva marca de yogur, no me verá llegar. Perdón si no lo dije antes… soy muy bueno con las manos, ella ni siquiera notará mi roce, pero yo voy a marcharme a casa con el tacto de su piel en la yema de mis dedos.

Si hace un año alguien me hubiera dicho que experimentaría este estado de ansiedad, de excitación… que no dormiría anticipando el placer de verla en la mañana y descubrir sus labios tarareando una melodía recostada a la encimera de su cocina, jamás lo hubiera imaginado. Ella ha socavado en mis recuerdos sacando a la luz todo lo que deseé y que nunca antes experimenté. Ella me devolvió mis sueños de un hogar, hijos, un perro y una casita con jardín y valla blanca.

Sin verla, sé que está llegando. Mi cuerpo detecta su aura a kilómetros. Camino hasta la nevera de los helados y sonrío al verla detenerse frente a los nuevos productos y ladear la cabeza mientras analiza las etiquetas. Ella acostumbra venir cada dos días, me encanta verla aquí. Se relaja, como cuando tararea sola en la soledad de su cocina o cuando juega a las cosquillas con sus hijos en su habitación.

No soy el único que disfruta su presencia, al viejo conserje se le ilumina el rostro al verla aparecer y ya descubrí el motivo. De todas las personas que visitan el lugar, ella es la única que le devuelve sus buenos días y se detiene a cruzar alguna que otra palabra con él. Envidio a ese viejecito de rostro bondadoso, pero hoy mi suerte puede cambiar.

He apostado mi futuro y mi felicidad a una pequeña hoja de papel. Mis objetivos cambiaron. Ya no me conformo con observar aves esperando a la mujer de mi vida. Hace dos semanas encontré a la mujer de mi vida y voy a acorralarla hasta que se dé cuenta que yo soy lo que falta en su vida perfecta. Voy a ponerme en la piel del amo y mostrarle un mundo del que ella solo ha experimentado la mitad.

Cuando se somete a él, lo odio. Malgasta su poder en destruir su autoestima. Lo detesto porque ni siquiera es capaz de recompensar adecuadamente su amor y lealtad. También siento lástima por él porque voy a sacar a la luz la fuerza que esa mujer desconoce que tiene y entonces, el juego estará parejo. Quiero ver su reacción cuando ella, por primera vez, no baje la cabeza y lo mire a los ojos con una luz nueva en su mirada, cuando exija más de las migajas que recibe a cambio de una

entrega con la que muchos soñamos y que él es incapaz de valorar.

He rezado. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, pero necesito de todos los poderes para el éxito de mis planes. Sería un orgullo para mi madre si me viera de rodillas después de sermonearme constantemente por mi modo de vida y mis adicciones demoníacas, como solía llamarlas. Pensé que esa vida había quedado atrás pero mi hermosa desconocida necesita al hombre que era. Con ella no tengo miedo. Con ella no sobrepasaría los límites, así el infierno se apagara. Voy a enseñarle a esa mujer, aunque me deje la vida en ello, que tiene el poder suficiente para poner de rodillas a Alejandro Magno.

El anciano conserje se acerca a ella, ansioso como yo, de escuchar su voz y perderse en su sonrisa. Es mi momento. Camino hacia ellos y lo rozo, lo justo para crear una pequeña confusión que me permita deslizar la nota en su bolsillo. Entre la cara asombrada del anciano y la expresión preocupada de ella que se lanzó a sostenerlo, nuestros rostros quedan a escasos centímetros. El conserje, sujeto por ambos, nos mira con cara de circunstancia, o eso creo, yo no puedo ver más allá de la chispa dorada en esos ojos verdes que me miran interrogantes.

—Lo siento. Me entretuve mirando la etiqueta.

—No se preocupe, señor, estoy bien.

Ella me mira con cierto reproche y lo lamento de verdad, pero valió la pena porque regresará a casa con mi nota en su bolsillo. En cambio, yo necesitaré de todo mi conocimiento de yoga y meditación para calmar la hoguera que esa chispa dorada prendió en mi alma. Mi buen samaritano se impuso y aproveché la oportunidad de tentar a mi suerte.

—Lo invito a desayunar… también a usted, señorita.

—No puedo aceptar, va contra las reglas.

—Yo le agradezco, pero debo regresar a casa… y es señora.

—No voy a rendirme, quiero que desayunemos juntos… si me permite hago una llamada y resolvemos esto.

El anciano me mira con la boca abierta y ella aprieta el asa de su bolsa de compra. He visto ese gesto de inseguridad tantas veces a través de mis prismáticos que no me pasa desapercibido. Siento pasarme de listo. Nunca antes le pedí un favor a Jeremy, pero hoy lo necesito. Cuando pido su autorización para desayunar con su conserje casi puedo ver su cara a través de la línea. La de ella la tengo justo al frente y vale cualquier cosa que este demonio de amigo me pida a cambio de

un ¨inocente¨ desayuno.

Con mano temblorosa el pobre anciano coge el móvil que le ofrezco y lo veo asentir sin decir palabra. Ella no se ha movido de su posición. Me mira como si quisiera saber quién diablos soy y eso es más de lo que vine buscando hoy. Mis rezos están funcionando y espero que sean lo suficientemente convincentes porque después de esta mirada esa mujer desayuna conmigo o el diablo va a vender billetes. Sé como ablandarla, conozco todas sus debilidades.

—Desearía que cambiara de opinión y nos acompañara. A mi nuevo amigo le hará falta su presencia. Yo soy un desconocido, pero con usted parece sentirse cómodo y quisiera que disfrute su desayuno. ¿Nos haría el honor de compartir al menos un café?

Debo reconocer que no me esperé su mirada. Ni siquiera dudó. Levantó la barbilla y asintió con una seguridad que me dejó con la boca abierta. Tuve que tragarme un gemido al ver la sonrisa que dirigió al conserje.

—Acepto… Soy Isabela y nuestro amigo es el señor Patel

—Soy William, es un placer inmenso.

Les señalo el camino a la cafetería donde desayuno solo desde hace un año. Hoy ha resultado un día especial. Tengo compañía para desayunar, ella tiene mi destino en el bolsillo de su jeans y este bondadoso señor se ha convertido en algo nuestro… Nuestro, la sola palabra me eriza la piel.

La jugada decisiva.

El sonido inconfundible de la notificación me hizo saltar de la cama. Después de tres días insoportables ella ha tomado su decisión. Apenas conteniendo el temblor de mis manos me senté ante el portátil. Dos palabras llenaron mi visión:

—¿Quién eres?

Aunque he repasado mi plan mil veces en mi cabeza me vi sin palabras. Temeroso de asustarla, de perder esta vía de comunicación, me encomendé a Dios y respondí:

—Seré quién quieras que sea, Isabela.

Pasaron tres agónicos minutos antes de recibir su respuesta.

—Eres el hombre del super.

Me eché atrás en la silla al leerlo. La mujer de mis sueños no me decepcionó.

—Lo soy.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué quieres de mí?

—Quiero todo de ti, Isabela. Quiero a la mujer que has estado reprimiendo.

«Maldición, William. Eres un insensato», pienso al darme cuenta de que he ido demasiado lejos.

Mi idea era ir despacio, escoger con cuidado las palabras para no asustarla y acabo de hacer todo lo contrario. Me recuesto en la silla resoplando y espero resignado a asumir las consecuencias de mi arrebato.

—No sabes nada de mí. Ni siquiera intentes juzgarme.

Sus palabras me hicieron incorporarme de golpe y decido que voy a jugarme todo a una sola carta.

—Eres un ave en jaula de oro. Te estás muriendo lentamente, Isabela. La mujer que gritó en el sendero del bosque está pidiendo que la dejes al mando. Escúchala, es ahora o nunca.

La respuesta tardó dos segundos.

—¿Quién eres? ¿Por qué haces esto?

—Sabes quién soy, tú lo dijiste, soy el hombre con el que desayunaste hace tres días. Lo hago porque me muero por ver a la mujer que puedo intuir en ti. Sueño con esa mujer, Isabela.

—Eres un enfermo y yo una loca por seguir tu juego.

—Te equivocas tres veces. No soy un enfermo, soy tu sanador. No estás loca, solo desesperada y lo mío no es un juego, es el inicio de un camino en el que vas a enfrentar las limitaciones que te has marcado para, al final, encontrar tu verdadera esencia.
Golpeo la mesa de pura impotencia. Quiero decirle todo esto a la cara. No me conformo con imaginarla encogiéndose en su asiento al leer esto. Si la he observado bien y sé que lo he hecho, debe estar mordiéndose la uña de su dedo índice derecho. Me levanto por mis cigarrillos sin quitar la vista

del portátil. Estaba aspirando la primera bocanada cuando respondió:

—Voy a seguir tu camino. La curiosidad me obliga… lo primero que quiero saber es que entiendes por mi verdadera esencia. Antes tendrás que decirme de que manera te has formado esta idea de mí y contesta con total honestidad o serán mis últimas palabras.

«Aquí vamos», pienso dispuesto a jugármelo todo.

—Hace más de dos semanas te escuché gritar en el bosque. Te seguí a casa y desde ese día te observo. Desde el amanecer hasta que te vas a dormir. Te he visto llorar, reír. He visto como te limpias las lágrimas mientras friegas los platos. La manera en que te transformas cuando estás con tus hijos. Te he visto acariciar tu cuerpo frente al espejo, ¿cuándo vas a atreverte a quitarte la bata y mirar lo hermosa que eres? ¿Cuándo vas a decirle a él que no quieres, en lugar de aceptarlo sobre ti, en ti, mientras desvías la mirada y te muerdes el labio inferior?

—Basta. ¿Por qué haces esto?

Ignorando el miedo y la vergüenza que ella debe estar sintiendo al sentirse expuesta la ataco:

—No he terminado, Isabela, no vuelvas a interrumpirme. Aún no contesto tus preguntas. Querías saber sobre tu verdadera esencia… yo digo que eres un volcán que lleva demasiado tiempo dormido, pero no por mucho más. Mañana sabes que estaré observando cada movimiento tuyo y lo haré cada día. Tienes dos opciones: delatarme o hacer cada cosa que pida, porque voy a desafiarte hasta que tu erupción haga tambalear los cimientos de esa hermosa y vacía casa que tienes.

—Voy a seguir tu juego… al menos no voy a aburrirme.

—Gran error. Ya dije que no es un juego.

—¿Qué ganas con esto? ¿Te has propuesto martirizar a mujeres reprimidas?

¿Acaso has apostado con alguien a que podías convencerme de seguir tu juego?

—Estás haciendo méritos para tu primer castigo y apenas hemos comenzado. No es un juego, cuanto más rápido lo entiendas, mejor. No apuesto, nunca lo he hecho. En cuanto a las mujeres, las venero, mi preciosa Isabela y mi definición de martirizarlas nada tiene que ver con la tuya. Un día, no muy lejano, vas a saber lo que es ser martirizada por mí

y ese día será el primero de tu nueva vida.

—Eres un creído.

Mis carcajadas se escucharon en toda la habitación. Hacía mucho tiempo que no reía así.

—¿Lo soy? Tendrás que averiguarlo.

—¿Cómo sabes que mañana la policía no estará esperándote?

—No lo sé y de eso se trata. Tú confiaste en mí al comunicarte a un número en un papel que encontraste en tu bolsillo. Yo voy a confiar en que entiendas que jamás te lastimaría y que solo quiero descubrir a la mujer que me quita el sueño. Confío en que entiendas que estoy haciéndote un regalo, que hay mucho de egoísmo en el, porque deseo que esa mujer que escondes me vea como la pieza que falta en su vida.

—¡Estás loco!

—Puede ser, pero te reto a seguir el camino que este loco te señala. Dame una semana. Si en ese tiempo no logro que hagas tres cosas que nunca has hecho, pero que muy en el fondo deseas, dejaré de molestarte y jamás volverás a saber de mí.

Fumaba el tercer cigarrillo, a punto de darme por vencido, recriminándome mi torpeza cuando el sonido tan deseado de la notificación me sacó de mis pensamientos.

—Acepto.

Casi me caigo de la silla. Aplasté la colilla y mis dedos volaron sobre el teclado.

—Mañana irás a la puerta principal y recogerás el paquete que voy a dejar allí. Quiero que uses lo que contiene mientras preparas ese desayuno que muero por probar. Por favor, quema los malditos palitos chinos con que te recoges el cabello. Lo quiero suelto sobre tu espalda. Duerme bien, mi bella, Isabela… si puedes.

En alguna parte leí que la felicidad es un estado mental. No lo sé. Creo que la definición de felicidad se ajusta a cada persona de forma diferente. Mi felicidad, en este minuto, tiene unos hermosos ojos verdes con chispas doradas, una melena rubia que roza su cintura y un conjunto de seda y

encaje negro y rojo. La bata con borde de encaje la cubre hasta los tobillos. Puedo ver el lazo que la mantiene cerrada al frente y adivinar la camisola de finos tirantes bajo ella.

Tomo mi móvil y contengo una sonrisa al ver su sobresalto con el sonido del suyo sobre la encimera. La veo mirar nerviosa a la entrada de la cocina. Isabela no puede imaginar que él está en su habitación haciendo exactamente lo mismo. Lo veo mirar nervioso a la puerta mientras su rostro se transforma con una expresión de lujuria que conozco bien. No logro entender que clase de mujer ocupa sus pensamientos teniendo bajo su techo a mi Isabela.

Doy gracias por eso, él va a ponérmelo muy fácil. Aunque le dije a ella que, nunca apuesto, esta vez voy a hacer una excepción. Voy a jugármela. Cuando mi hermoso volcán haga erupción él no va a permanecer ajeno a eso, nadie con sangre en las venas podría. Apuesto mi futuro y felicidad a una mujer que en breve tendrá el poder de decidir su destino. Cuando mi hermosa crisálida se convierta en mariposa me daré por satisfecho. Que me elija sobre él o cualquier otro, será el plus que he estado esperando toda mi vida.

—No hagas esto… no me llames, por favor. Hice lo que pediste.

Su voz temblorosa me hizo contener el aliento.

—Desata la banda. Quiero la bata abierta.

—No…

—Hazlo, Isabela o iré a pedírtelo en persona.

No podía creerlo cuando la vi fruncir el ceño y mirar con furia al ventanal.

«Dios, esto se pone interesante», pienso esperando su siguiente paso.

La veo dejar el teléfono sobre la encimera y acercarse al ventanal. Sus ojos me buscan en la espesura del bosque. Aprieto los prismáticos en mi mano cuando ella desata el lazo mirando desafiante a la distancia. Jadeo imaginando lo que vendrá al percibir el movimiento de sus hombros y la bata resbalar a sus manos. Una sonrisa de oreja a oreja se dibuja en mi rostro al verla extender una mano hacia el lateral, a la altura del hombro y dejar caer la bata al suelo de la cocina mientras respira entrecortado con la ceja enarcada y los labios apretados. No esperé esta faceta desafiante y mi entrepierna, mucho menos.

«Eres perfecta. Eres más de lo que imaginé mi preciosa Isabela, solo necesitabas un empujoncito en la dirección correcta», pienso acomodándome en mi lugar mientras devoro cada curva que marca la

seda sobre su cuerpo.

Aquí viene la parte difícil de ser un acosador. Lo veo atravesar la casa en dirección a la cocina y mi sangre comienza a hervir. Veamos como reacciona cuando vea el regalo que tiene esperándolo. Ella está de espaldas. No pudo ver el paso atrás que él dio cuando sus ojos la encontraron. Si la situación no fuera tan delicada reiría con ganas porque su expresión fue como si se hubiera equivocado de casa y de cocina.

Me llamo a la calma al verlo caminar hacia ella, quien ya se ha girado y aunque no puedo verla sé que sostiene su mirada mientras él le acomoda el cabello tras la oreja. Gruño al verlo rodear su cuerpo y besarla con ganas, apretando sus nalgas, aprisionando el cabello de ella entre sus dedos.

«No lo abraces. No lo hagas, Isabela. Tú tienes el control», pienso al verla inerte en su abrazo. Sus manos colgando junto a su cuerpo.

Suspiro aliviado al verlo soltarla y esa mirada interrogante de quien sabe que sus amaneceres no volverán a ser lo mismo. Sus hijos irrumpen en la cocina y mi corazón se estremece al ver la mirada de admiración en sus rostros infantiles. Quisiera ser la manita que acaricia el rubio cabello cuan largo es. Las bocas que llenan su rostro de besos entre risas y abrazos.

Él se va con los niños y la casa se sume en el silencio. Otra vez se marchan sin entender su mensaje. Ella se esmera preparando un desayuno que dispone para cuatro cuidando cada detalle, para cada día terminar desayunando sola, bebiendo su café mientras mira las delicias que preparó como si buscara en ellas la respuesta a su soledad. La veo servirse el café y marco su número.

—Ni una lágrima, Isabela. Toma una bandeja y pon tu desayuno en ella. Sal a la terraza y desayunemos juntos.

Esperé a que se sentara y pusiera la bandeja sobre la mesita. Me costaba apartar la vista de la curva de sus generosos senos. Pensé que se cubriría con la bata para salir al exterior, pero ella ni siquiera la tomó del suelo de la cocina donde antes la había dejado.

—Buenos días, mi bella Isabela. ¿Es decepción lo que veo en tus ojos? —pregunto al ver su expresión a través de la pantalla.

—Pensé que aparecerías. Has hecho cosas peores.

Sonrío sin poder evitarlo. Mi volcán está despertando.

—¿Me querías a tu lado en esa terraza?

—Debo estar loca. No te conozco de nada…

—Responde mi pregunta, Isabela.

—Si…

—Gánatelo.

—¿Qué debo hacer?

Su pregunta estuvo a punto de hacerme caer del árbol que cobija mis insensateces.

—Primero… comer tu desayuno. Después voy a enviarte mi nombre completo y el enlace a una página web. Quiero que investigues sobre mí para que tengas una idea de con quien estás tratando. Si crees que deberías seguir con esto entonces voy a pedirte que hoy no te detengas, que te desnudes ante el espejo y observes lo hermosa que eres.

—Si decido que no quiero seguir, ¿respetarías mi decisión?

—Lo haría, Isabela.

—Voy a entrar a la casa. Hace frío.

—Si, ya me di cuenta —respondo con una media sonrisa que la hizo bajar la vista a su pecho.

Los botones contraídos contra la seda de la camisola se definían perfectamente. Sus mejillas sonrosadas me hicieron resoplar.

—Tendrás mi respuesta hoy.

—La esperaré con ansias mi bella Isabela.

Las horas más lentas de mi vida pasaron ante mis ojos. Intenté no pensar en negativo. No la encuentro en ninguna habitación y supongo que está en el salón principal, una de las habitaciones de la casa a la que no tengo acceso. Me consuelo con el pensamiento de que la mujer que me desafío desde el ventanal de la cocina no se asustaría con la historia de un hombre que se cansó de una vida vacía y decidió hacer algo bueno para redimirse.

Espero que mis actos del último año borren el efecto de diez desenfrenados y cuestionables. Mi madre no estaría de acuerdo con esta decisión, pero no quiero que Isabela entre en mi mundo engañada. Quiero

que me vea como el ejemplo de que una vida sin sentido puede y debe ser cambiada.

Un movimiento en la casa me pone en alerta. El bosque repitió mi gemido al verla ante el enorme espejo de su habitación. Puedo ver el nacimiento de sus senos bajo la bata de seda. Pensé que se quitaría la camisola y resulta que se ha cubierto otra vez de pies a cabeza. Ese conjunto que compré para ella lo destrozaría si pudiera. Me resigno a que su mensaje de negativa viene implícito en la manera en que ha escondido de mis ojos la blancura inmaculada de su piel. Prometí que aceptaría su decisión, pero ahora mismo solo puedo pensar en echar su puerta abajo y besarla hasta que entienda que soy yo el que la necesita desesperadamente en mi vida.

Minutos que parecieron eternos se miró en silencio. Tragué en seco al ver las lágrimas correr por sus mejillas. Yo estaba a punto de gritar de frustración cuando se llevó la mano al lazo en su cintura y lo desató de un tirón. Dejé de respirar y mi mandíbula escapó a mi control al verla deslizar la bata por sus hombros y dejarla caer al suelo, a sus pies. Todo el aire contenido en mis pulmones escapó ruidosamente al distinguir con total claridad la plenitud de sus formas.

Estaba desnuda bajo la bata y eso ni siquiera lo imaginé. Se contemplaba al espejo temblando como las hojas que me rodeaban. Jadeé al ver sus manos deslizarse tímidamente por todo su cuerpo. Cuando se agachó por la bata mi gruñido me sorprendió, era un animal dominado por mis más bajos instintos lo que esa mujer había desatado. La vi anudar el lazo mientras caminaba hacia el ventanal. Otra vez sus ojos me buscaban. Su expresión calmada también me calmó. Vi el móvil en su mano y segundos después el mío vibró en mi bolsillo.

—¿Qué sigue, William?

Mis carcajadas hicieron volar las aves a mí alrededor. La vi seguir con la mirada el emplumado revuelo y una sonrisa dibujarse en su rostro. Sé que no podía verme. No me importó que tuviera una idea aproximada de mi escondite, ahora sus ojos siempre mirarán en mi dirección.

—Mañana encontrarás otro paquete en tu puerta… úsalo para mí. No prepares ese desayuno especial de cada día, solo lo básico.

—Me siento engañada… pensé que obtendría algo más que lencería erótica.

Contengo las ganas de reír, de gritar mi alegría al mundo. Mi volcán cada vez me recuerda más al Vesubio.

—Cuando se marchen te espero en la terraza… yo me encargo del desayuno… lo que te has ganado lo quiero escuchar de tu boca. Atrévete a

pedirlo y lo obtendrás, mi bella Isabela.

… A por todas.

El día de hoy ya lo marqué en mi calendario. He visualizado todos los escenarios posibles en aras de contener mi ansiedad y asegurarme de que no voy a echar a perder la oportunidad que he esperado por años. Mentiría si digo que no siento miedo. Temo a las preguntas que una mujer tan cauta como mi Isabela me tendrá preparadas. Me aterra que a última hora se arrepienta de su audacia y destruya mis sueños de futuro.

Él se marchó con los niños y yo me he instalado en su lujosa terraza. Dispuse el desayuno gourmet de uno de mis restaurantes preferidos sobre la mesita y me recliné en una de las tumbonas a esperarla. Cada minuto pareció eterno. Con las manos detrás de la cabeza y las piernas cruzadas intenté calmar mi mente. El sonido de la puerta y las tímidas pisadas pusieron a mi corazón a latir desenfrenado.

La bata verde la cubría. Me incorporé, quedando a horcajadas sobre la tumbona. Imaginé el conjunto de lencería a juego bajo esa cascada de seda. Me preparé para todo, incluido su rechazo, pero no contaba con esa mirada entre anhelo y temor. El deseo se imponía al miedo, lo veía en sus ojos y no me atrevía a creerlo.

—Buenos días, Isabela.

—¿Lo son?

Tragué en seco al escucharla. Sin dudas, se refería al encontronazo con su esposo. Sabía que reaccionaria a la nueva mujer que lo esperaba cada mañana en su cocina. Creí que intentaría recuperar su amor, que haría malabares para seducirla, es lo que yo hubiera hecho, pero ese imbécil le gritó cosas que no pude escuchar, la miró con desprecio después de tomarla por los brazos y sacudirla al entender que ella ya no estaba bajo su dominio. Di gracias a Dios, de que no la golpeara porque nada ni nadie en este universo lo hubieran salvado de la paliza de su vida.

—Que lo sean solo depende de ti.

—No puedo más.

Mi mano se extendió hacia ella al escucharla.

—Confía en mí —dije al ver su mirada preocupada vagar de mi rostro a mi mano.

Sus dedos se deslizaron por mi palma y atrapé su muñeca. Un pequeño tirón y la acomodé sobre mis piernas. Podía notar su cuerpo contraído, escuchar el sonido entrecortado de su respiración.

—¿Me temes?

—¿Es cierto todo lo que has escrito?

—Lo es —respondí, consciente de la manera en que ella evadió mi pregunta.

—Quisiera tener el valor para cambiar mi vida como tú lo has hecho.

—Lo estás haciendo. Tu problema no es tener valor, es descubrir exactamente lo que quieres cambiar e ir a por ello.

—Quiero dejar de ser invisible. Quiero ser deseada, amada. Quisiera volver a hacer las cosas que me gustan y que he abandonado durante demasiado tiempo.

—Pide, Isabela, mereces ser escuchada.

—Ya lo hice. Perdona que lo diga, pero intenté que él me entendiera. Le pedí recuperar lo que hemos perdido. Tuve mucho miedo de lo que un desconocido despertó en mí e intenté regresar a lo seguro, a lo que creo correcto —Escuché su decepción, su derrota, en el suspiro de frustración que escapó de sus labios entreabiertos y contuve las ganas de gritar de alegría—. Ya viste el resultado de la última conversación en mi cocina, al amanecer. Pedir no dio resultado.

—Porque estás pidiéndole al hombre equivocado. Pide y haré lo que sea para complacerte.

Requerí de todo mi control para contener la reacción de mi cuerpo al temblor que recorrió el suyo. Sé que debo ir despacio, evitar asustarla más de lo que ya está, pero con mi bella Isabela es imposible. La mujer que intuyo bajo las capas que ha creado para protegerse, pone mi cuerpo y mi mente en estado febril.

—Estoy confundida. No logro entender como he llegado hasta el punto de sentarme sobre las piernas de un hombre que conocí hace apenas unos días. Me avergüenza haberme mostrado desnuda a tus ojos.

—No has hecho nada mal.

—Lo he hecho… es la verdad —dijo al verme negar con la cabeza—. Me he comportado como una loca. No me gusta cómo me haces sentir.

—Isabela, ni siquiera tienes el valor de mirarme cuando me hablas. ¿Sabes por qué? Porque te engañas. Te gusta la mujer que yo he despertado.

—Es diferente cuando chateamos o cuando sé que me observas en la distancia. Es muy fácil ser una fresca cuando no te miro. La vida real es otra cosa.

—Por supuesto. La vida real es donde eres infeliz con un hombre que ya no soportas. Donde vives minuto a minuto la misma rutina vacía. Donde no has tenido el sexo alucinante que has deseado. Es cada día que pasa y no te atreves a desempolvar los pinceles de la gaveta de esa habitación en la que pasas horas mirando el cuadro en la pared.

—¡Ya basta!

—¿Sabes cómo le llamo a ese cuadro que contemplas cada día? … Agonía —Ella intentó levantarse. La retuve sobre mis piernas y la obligué a mirarme—. Estoy seguro de que tú lo pintaste.

—Crees que lo sabes todo de mí, pero te equivocas.

«Ya fue suficiente», pensé atrayendo hacia mi ese cuerpo que no ha dejado de temblar.

Ella no necesitaba un caballero y yo decidí mostrarle el hombre que soy. Si me acepta en su vida quiero que lo haga conociendo todo de mí. Que entienda que renunciar a mi pasado no implica reprimir la pasión que ella me inspira. Quiero que vea en mí al ángel y al demonio que colmará su vida vacía. No voy a pedir por favor, no voy a darle tiempo y espacio, ella no lo necesita.

Con la habilidad que genera la práctica la puse a horcajadas sobre mis piernas. Ignorando su expresión asustada aparté la bata y la empujé a la tumbona. Destrocé el conjunto de encaje negro y verde que se interponía entre mis ganas y el cuerpo tan deseado. Ella gemía asustada, pero ni una palabra salió de su boca. Era la luz verde que estaba esperando.

Mi boca alcanzó su piel desnuda. Mordí, chupé, los botones rosas que me obsesionaban desde que los vi por primera vez a través de mis prismáticos. Apreté en mis manos la exuberante redondez de sus pechos. Me enloquecieron los tímidos quejidos que escaparon de sus labios. Levanté la cabeza y busqué su rostro. Mis dedos encontraron su sexo, me

perdí en su humedad sosteniendo su mirada. Mi cuerpo se contrajo ante la súplica en esos ojos verdes. No necesite más, con las manos bajo sus nalgas la levante hacia mí.

El grito de mi bella Isabela al sentir mi boca recorrer hasta el último rincón de su sexo despertó cada célula nerviosa de mi ser. Sus gritos y gemidos mientras se aferraba al borde de la tumbona acabaron con mi razón. Chupé el sensible botón mientras ella se retorcía entre mis manos. Estaba a punto de un orgasmo con el que soñé cada noche. La sostuve como pude y mis dedos buscaron su humedad. Necesitaba sentir el palpitar de su carne cuando el momento llegara. Ella no pudo resistirse a tantas sensaciones. Sus gemidos se convirtieron en sollozos cuando su cuerpo se contrajo hasta lo imposible. Oleada tras otra de espasmos marcaron su entrega.

La atraje hacia mí y besé su boca como si fuera lo último que haría en mi vida. Estuve a punto de gritar de alegría cuando sentí sus manos perderse en mi cabello. La besé hasta que se calmó, acaricié cada centímetro de su cuerpo con una delicadeza ajena al desenfreno de minutos antes. Cuando sus ojos me miraron me levanté con ella en brazos. La dejé sobre el suelo de la terraza y cerré su bata.

—Esto es lo que soy. Conmigo es todo o nada. No te prometo la vida perfecta, pero vas a ser amada y deseada como nunca nadie lo ha sido. Puedo darte todo lo que has soñado y más, es tu decisión. No volveré a buscarte, mi bella Isabela. Tienes mi número, ahora depende de ti.

Salté sobre la barandilla y me perdí en el bosque luchando contra las ganas de volverme a verla.

Día cero de mi nueva vida.

Han pasado tres meses y nueve días desde que la tuve en mis brazos en esa terraza. Ni siquiera una llamada. Me consuelo pensando que, al menos, aposté todas mis cartas. Perdí, pero lo hice luchando hasta el último minuto y fue una batalla que valió la pena pelear. Ha sido difícil resistir la tentación de volver a mi lugar de observación, pero no voy a faltar a mi palabra. Mucho menos a torturarme al verla viviendo la vida de la que quiso huir.

Me he ahogado en trabajo buscando sacar a mi bella Isabela de mi mente. Ha sido en vano, todo me la recuerda. Ya no voy de compras al súper donde por primera vez hablamos. Temo encontrarla o que el bondadoso señor Patel me pregunte o hable de ella. He perdido mucho en mi vida, nada me dolió más que ver esfumarse ante mis ojos la oportunidad de tener las cosas que ni siquiera me había atrevido a soñar y que con ella

las creí posibles.

He escrito sobre nosotros en mi blog. Tenía que hacerlo. He contado mi vida entera en el e Isabela es una parte pequeña, pero muy importante de ella. Vacié mi alma en el último artículo. Lo hice por ambos. Después de leer tantas historias oscuras espero que haya leído lo que su efímera presencia causó en mi vida. Confieso que fue un último y desesperado intento por atraerla a mi vida y fallé.

Mi madre me espera para almorzar. No lo ha mencionado pero sé que ha leído lo que he escrito y por como se ha comportado, debe parecerle que necesito que recojan los pedazos rotos de mi corazón, pero no es así. Siendo sinceros he llegado a pensar que el rechazo de Isabela es el merecido castigo por tantas mujeres que lastimé, de una manera u otra, a lo largo de mi vida.

El timbre de la entrada detuvo mis pensamientos. El auto de una compañía de entregas apareció en la pantalla. Salí a esperar que se detuviera en la entrada principal. Después de un rápido saludo, el conductor sacó de la parte trasera un paquete. Mi corazón se detuvo. No había ordenado nada y las dimensiones de esa entrega desataron mi imaginación. El conductor se acercó a mí y juro que vi una media sonrisa en su rostro. No le di importancia, pero su nerviosismo me hizo sentir incómodo.

«No te hagas ilusiones. No te adelantes a otra decepción», pensé firmando los documentos.

Cerré la puerta y rasgué la envoltura. Los tonos verdes y naranjas de una pintura abstracta me hicieron dar un paso atrás. Un sobre cayó al piso. Mi mano temblaba cuando lo levanté. Las palabras comenzaron a tomar forma ante mis ojos:

Este se llama Esperanza. Es mi primer regalo para la casa que compartiremos. A la pintura que sabiamente bautizaste Agonía, la quemé cuando lo abandoné. Me gusta tu terraza. Ya me imagino tomando el café sentada en tus piernas. Como tú, también me gusta nadar en las mañanas. Quiero la habitación con vistas al lago para mi estudio de pintura. La música que escuchas mientras cocinas me parece perfecta. Encarga un delantal a juego con ese tan chulo que tienes porque a partir de hoy, cocinaremos juntos.

Me vi sin aliento y es que había dejado de respirar con cada palabra. El

toque en la puerta me estremeció.

«No puede ser», pensaba mientras me acercaba. La figura en el umbral sonrió tímidamente y yo perdí el control. La fundí a mi cuerpo para asegurarme que no era una ilusión. La arrastré al interior de la casa besándola, acariciándola con el desespero de quien se creyó perdido para siempre en la oscuridad de sus días hasta que el sol apareció en su puerta.

—No es un sueño. ¿Cómo estás aquí?

—No lo es —respondió, sonriendo—. Vine en el auto de la entrega. Me costó mucho convencer al conductor.

Volví a besarla. Me quedé con ella en mis brazos sintiendo el latir de su corazón, escuchando los gemidos que había recordado cada día. Fue entonces que sus palabras volvieron a mi mente. Esa mujer me había acosado. Sabía cosas de mí que jamás escribí, pero era imposible acceder a mi casa. Si logró colarse en mi propiedad iba a demandar a mi compañía de seguridad.

—Tienes que explicarme como sabes las cosas que escribiste. Soy un fanático de la privacidad.

—Cosa rara teniendo en cuenta que no respetas la privacidad ajena.

—Touché, mi bella Isabela.

—Fue tu madre. Ella me dio toda la información. Me trajo a la casa.

—No imagino a mi madre haciendo algo así. Ahora más que nunca tengo miedo de que esto sea un sueño.

—Fui a verla. Le dije que yo era la mujer de tu último artículo y ella solo tuvo que mirarme para saber que estaba lista para aceptar todo lo que me prometiste. ¿Siguen en pie tus promesas?

La mirada provocativa con ese mohín de su preciosa boca me hizo reír. La levanté en brazos y caminé a las escaleras.

—Voy a darte una pequeña muestra de hasta donde se mantienen en pie mis promesas, pequeña fresca.